

UNA MIRADA HACIA LA TRANSFORMACIÓN AMERICANA ENTRE LA DEMOCRACIA Y LA POBREZA *

Por un prurito de honestidad debo comenzar esta presentación repitiendo lo que ya han dicho muchos de mis colegas. Y es que me siento sinceramente honrado por el privilegio de compartir reflexiones con algunas de las figuras que más he admirado en esta América nuestra. Y de que sea en el marco de una conmemoración tan significativa como lo es el medio siglo de existencia de la ORCALC, que culmina además en pleno apogeo bajo una conducción sabia y diligente.

Lo del privilegio no es cortesía, pues inicialmente estaba previsto que moderara este panel y no me había preparado para exponer, pero los privilegios no se rechazan.

La realidad es siempre más y menos de lo que vemos en ella. Más porque nadie puede verlo todo, y menos porque cada uno de nosotros ve algo distinto.

A la vuelta de los años es posible que el siglo xx sea recordado, así lo veo yo, como el siglo de la bifurcación errada. Lo que no significa que se hayan cancelado las alternativas y

* Ponencia presentada en el coloquio internacional Repensar Latinoamérica, Pensar El Nuevo Milenio, celebrado en ocasión del 50 aniversario de la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe (ORCALC) de la UNESCO. La Habana, 24 al 26 de febrero del 2000.

debamos resignarnos al “fin de la historia”, sino que vivimos la fase de incertidumbre en la cual las grandes bifurcaciones no se han tomado aún (para utilizar una expresión de Ignacio Ramonet). La imbricación entre incertidumbre, estrategias e innovación se nos presenta todavía como un enigma. “Comprender es hoy la apuesta capital.”¹

Si quisiera comenzar por localizar el pensamiento emancipador en los sesenta tendría inevitablemente que hablar de la Revolución cubana, al menos para evocar su significado para los pueblos de esta América nuestra. Me refiero solamente aquí a probaciones que ya ha dado y no pueden ser obviadas. Cuba revolucionaria prueba que son posibles la actuación independiente en oposición a los intereses del vecino poderoso, la resistencia a un bloqueo prolongado sin claudicar con concesiones de soberanía, el establecimiento de un régimen de equidad distributiva desde el subdesarrollo, proveer a la población de sistemas de educación y salud eficaces y gratuitos.

También podría detenerme en lo que no ha sido capaz de lograr aún, que sería otro inventario, que no cabe aquí porque el tema no es Cuba, sino recordar que este hecho emancipatorio en tantos sentidos tiene también una resonancia continental. Y que incidió en las posiciones y la reflexión de las izquierdas latinoamericanas, en sus diseños de objetivos y estrategias, en sus confrontaciones, e incluso en las políticas de Estados Unidos hacia la región. Si alguien argumenta hoy que no aportó un modelo, tendría razón, pero habría que responder que no lo va a dar ni tiene ningún sentido aspirar a ello. Porque no se andan a través de modelos los caminos de la emancipación.

Quedarán, sin embargo, huellas imperecederas que siempre podrá ostentar como símbolo de voluntad emancipatoria, de lucidez y de capital moral incuestionable, como el paso por la historia de nuestras tierras de Ernesto Guevara, recordado para siempre como Che.

¹ Ignacio Ramonet: *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Temas de Debate, Madrid, 1997

No pretendo aquí historiar, sino llegar al escenario de hoy, en el cual democracia y pobreza están en el eje de la complejidad de la realidad latinoamericana como saldos positivo y negativo del siglo que termina.

Después del ciclo de militarización que caracterizó a las décadas del sesenta y la mayor parte de la del setenta, desde 1978 hasta principios de los años noventa de este siglo, al cual se ha aludido ayer, 15 países del continente transitaron de regímenes dictatoriales clásicos a regímenes electorales representativos, lo que ha significado un cambio impresionante.

La distinción entre “nuevas” y “viejas” democracias se ha usado a veces para clasificar y explicar un mayor o menor grado de institucionalización entre los procesos respectivos. Y a partir del grado de institucionalización, un mayor o menor grado de profundidad y consolidación democrática.

La distinción entre “nuevo” y “viejo” es un recurso que se ha hecho recurrente en el lenguaje político de nuestros días, aunque no siempre sea nuevo el referente.

Sabemos que al nivel mundial la concentración de la riqueza nunca había sido tan elevada como ahora, nunca había generado tantas dinámicas y ejercido tanta influencia en el plano político y social. Ni los mecanismos que la generan tan inmovibles. La crisis del Estado-nación enmascara dos elementos del cambio: el primero es la continua cesión de cuotas de poder implicada por el reordenamiento transnacional del capital, y el nuevo rol de los organismos financieros internacionales en la absorción de estas cuotas de poder. El segundo elemento sería la evasión progresiva de la responsabilidad gubernamental en las áreas de la justicia y la seguridad social en el sentido más abarcador del concepto. Más puntualmente, en terrenos claves como los de la salud pública, la educación, los sistemas de pensiones, la alimentación y otras necesidades básicas de la población, que son transferidas, en medida creciente, a entidades civiles de carácter privado, para devenir objeto de mercado. Se extiende una institucionalidad que sirve a los Estados como un colchón de descarga para

obligaciones o compromisos internos y externos de solidaridad humana.

A esta lectura, que tiene validez también para los países capitalistas centrales, se puede añadir que para los países de la periferia el debilitamiento del Estado-nación tiene un significado adicional, que lo hace más frágil. Significa la pérdida de competencia decisional sobre sus propios asuntos. Dicho de otro modo, la pérdida de cuotas mayores, cualitativamente nuevas, de soberanía funcional, que son asimiladas burocráticamente por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Estos organismos han creado el indicador de *good o bad governance* con el cual se autoasignan la potestad de la evaluación de la eficiencia administrativa de los gobiernos y de la pertinencia de reciclar o no los marcos financieros, determinar los montos admisibles y fijar las condiciones para el financiamiento, sin consideración acerca de los criterios del Estado receptor-deudor.

Más allá de los patrones formales del FMI y el BM, se generaliza una ingobernabilidad real vinculada al hecho de gobernar precisamente como estos mecanismos exigen, y a la consecuente incapacidad de los gobiernos para dar respuesta a las necesidades reales de sus pueblos y de sus Estados.

La experiencia histórica de la acumulación económica ha demostrado que, como tendencia, la descentralización propicia la eficiencia, pero las virtudes de la descentralización han sido tergiversadas por la filosofía neoliberal al limitar el significado de este término a la privatización empresarial y a la minimización de las capacidades del Estado nacional para actuar en favor de intereses sociales. Si se comparan, sin embargo, las privatizaciones efectuadas en los años de expansión del modelo neoliberal en los Estados Unidos y América Latina se notará que en tanto el cambio resulta insignificante en la economía norteamericana, en los países latinoamericanos ha determinado un giro de extraordinaria importancia. No sólo por su magnitud en términos de control

de la economía, sino también por el nivel de subalternación política externa implícito en el mismo.

El efecto de la política neoliberal en la desestructuración del empleo ha modificado la fisonomía de la lucha de clases y, en consecuencia, la capacidad heurística del concepto mismo de clase social se ha visto afectada. No se trata de que la estructura de clases se haya hecho irrelevante —parece inconcebible esta percepción precisamente cuando son más agudas la polarización social y la extensión de la pobreza— sino de un cambio de configuración de esta dentro del sistema social. Los que actúan desde grupos y organizaciones en la escena política latinoamericana actual suelen hacerlo a nombre de la sociedad civil, a pesar de las ambigüedades y la instrumentación que rodea al marco institucional aludido hoy bajo este concepto.

La gravedad de la situación social en América Latina hoy se ve resumida en la extensión de la marginalidad, la pobreza y el desamparo. La definición del peso de las clases subalternas la encontramos en los conjuntos más representativos de las necesidades y los intereses populares, y no en la asunción inmovilista de una clase principal. Este trazado social, que ya se prefiguraba en los sesenta, cuando el término de marginalidad daba precisamente el sentido de minoría, muestra ahora una golpeante realidad generalizada que nos lleva a hablar de exclusión. No me canso de recordar y repetir que millones de latinoamericanos nacen y mueren sin haber conseguido en su vida un empleo o una ubicación formal estable en la economía de su país. Cientos de miles emigran anualmente buscando en los centros capitalistas, principalmente en los Estados Unidos, la subsistencia que el sistema les niega en el país de origen. Esta movilidad demográfica —lo destacaba ayer el profesor Leopoldo Zea— permite prever una verdadera revolución poblacional en los países desarrollados en los años venideros inmediatos.

El capitalismo neoliberal ha demostrado ser incapaz de dar solución a estas tendencias. Más bien las consolida y las con-

sagra como inevitables. Sus fórmulas de solución, como los llamados “programas de ajuste”, supuestamente destinados a combatir la pobreza haciendo más eficiente la economía, en realidad sistematizan la pobreza. No sólo en el plano material sino también en el espiritual: la necesidad de hacer que el empobrecimiento sea aceptado, asimilado por los mismos que lo sufren masivamente. Esta ha pasado a ser la función de la televisión y de los medios más modernos y eficaces de comunicación: generar ilusiones, consolación, soluciones simbólicas a problemas reales, conformismo. Hasta las corrientes dominantes de reavivamiento religioso (comunmente denominadas sectarias), se orientan hacia esta atomización empobrecedora de la vida espiritual. Un reto de hoy es el de rescatar, frente al conformismo, la capacidad de subversión del pensamiento. Cuanto se avance en esta dirección será en beneficio de la cultura.

La aplicación del modelo neoliberal encontró más funcionalidad en la dinámica electoral del sistema democrático representativo que en las dictaduras militares. Este es un dato necesario para no caer en la trampa de creer que la democratización vivida es un producto generoso y natural de la lógica del capital. Para la máquina de poder del capital se hace más factible enfrentar las crisis de gobernabilidad mediante el entendido de que la vía electoral proveerá soluciones. La alternancia no sólo reporta virtudes; también contribuye a reducir el papel del Estado en las economías nacionales. Esta funcionalidad explicaría por sí sola que la dependencia neoliberal, particularmente en América Latina, optara por la adopción de formas democráticas.

Pero la experiencia de las democracias, de las “viejas” y de las “nuevas”, en América Latina, ha generado también rápidamente los síntomas de una crisis. El primer síntoma es el descrédito de las instituciones políticas, incluidos los partidos, que se fraccionan y se desfiguran sin cesar, y de los líderes que se desgastan poco tiempo después de ser elegidos. También son sintomáticos el abstencionismo, el voto de censura,

el clientelismo, la corrupción y la apatía hacia las elecciones. Gana fuerza desde todas las posiciones la concepción de que el neoliberalismo no es una estrategia que sirva para el desarrollo de la región.

En conclusión, las formulas democráticas aplicadas en América Latina desde la década del ochenta han sufrido un relativo vaciado de contenidos, y este fenómeno también ha dado lugar a una situación paradójica para concebirlas como espacios emancipatorios.

Otra paradoja consiste en que las dinámicas del sistema hacen coincidir a menudo el incremento de la presencia de la izquierda en esferas de decisión con momentos muy regresivos en lo que se refiere a la distribución de los ingresos y en el empobrecimiento de la población. La posibilidad de gobernar no implica la posibilidad de adelantar políticas efectivas de beneficio popular. Y en consecuencia, la presencia de las izquierdas en la trama política institucional también ha dado lugar a cierta deslegitimación, al no poder responder a los intereses que formalmente representan.

Puede hablarse de una “nueva derecha”, que afirma la idea de que la democracia puede desarrollarse aunque exista y avance una profunda desigualdad social. Ha logrado imponer incluso la noción de que la desigualdad es un motor ineludible del funcionamiento social y en consecuencia un objetivo deseable.²

Hasta Samuel Huntington, uno de los defensores más decisivos del modelo democrático neoliberal, admite que “para algunas personas la democracia debería tener connotaciones

² Observa Beatriz Stolorowics que “de manera creciente la búsqueda de la gobernabilidad ha sustituido a la discusión y a las búsquedas sobre la democracia. La equiparación que se realiza entre estabilidad (gobernabilidad) y democracia parece olvidar que un sistema democrático y en constante democratización puede ser poco estable, que un sistema estable puede ser antidemocrático y también, que un sistema corporativo, fundado en principios de equidad social, puede obtener su estabilidad más por el hecho mismo de la equidad que por los mecanismos de regulación y control de que dispone” (ver “La gobernabilidad como dominación conservadora”, en *El mito de la gobernabilidad*, ob. cit.).

movilizadoras y más idealistas [...] más cercana a un efectivo control del ciudadano sobre las políticas”. Pero insiste, a renglón seguido, en el significado del electoralismo como lo esencial, el *sine qua non* del sentido de la democracia:

Los gobiernos producidos por elecciones pueden ser ineficientes, corruptos, cortoplacistas, irresponsables, dominados por intereses particulares e incapaces de adoptar políticas exigidas por el bien común. Estas deformaciones los hace no deseables pero de ninguna manera no democráticos.³

Si de verdad queremos ver en la democracia el paradigma de una sociedad más plena, no es, ciertamente, en estos términos.

Las izquierdas no parecen tener otra opción que terminar gobernando con los programas de la derecha. Esto conduce a que las alianzas, que predominan en las élites de los partidos de izquierda pero no en sus bases (que con frecuencia lo manifiestan retirando su apoyo electoral, o creando formaciones alternativas), resulten insuficientes para romper con la lógica del modelo de dominación.

La búsqueda de nuevos paradigmas para el ordenamiento político se orienta hacia la noción de una democracia participativa, por oposición a un modelo que, bajo el principio de la representatividad, reduce la participación popular significativa a la decisión electoral. El debate entre participación y representatividad ha solido presentar contornos excluyentes. Pero posiciones avanzadas reconocen la representatividad como ingrediente necesario, no suficiente, de la democracia, y acentúan la búsqueda de fórmulas más orgánicas de participación. La desventaja de la idea de la democracia participativa es que no tiene referente institucional preciso. No se ha logrado instalar aún.

³ Samuel Huntington: *The Third Wave*, The University of Oklahoma Press, 1993.

Tal vez América Latina merezca ser caracterizada hoy más como un laboratorio de democratización, que como un continente democratizado. Sólo lo sugiero. No lo subrayo como defecto sino como esperanza, ya que no puede suponerse la misma ductilidad en las democracias de los países centrales. En los mismos Estados Unidos el mercado de la Presidencia de la Nación ha barrido con los ideales de Franklin, Washington, Adams, Payne, Jefferson y Lincoln.

Desde la cultura de la emancipación no se puede desestimar ni magnificar el significado de la democratización latinoamericana. Es un saldo neto de estas décadas, no solamente en el plano institucional, sino también por su impacto cultural en las masas. Estas aprenden, a menudo antes de que los políticos se percaten de ello, a distinguir qué es lo que funciona mal en el sistema. Porque lo que funciona mal las toca muy duramente.

Las condiciones de las luchas sociales han cambiado sensiblemente en los años recientes en América Latina, y estos cambios inciden tanto en los actores como en las formas de lucha, pero no implican que la necesidad de la lucha social haya desaparecido o se haya agotado. Aunque, salvo en el seno de los partidos comunistas, y algunos otros grupos minoritarios, la izquierda latinoamericana no miraba con carácter paradigmático al régimen que se configuró a partir de la Revolución rusa de 1917 (ni a los que se generaron en otras revoluciones posteriores), el derrumbe del socialismo de Estado en Europa significó un debilitamiento importante de la esperanza en las salidas alternativas.

Ya se había hecho real la emergencia de un sujeto social nuevo. El auge creciente de los movimientos sociales y, de conjunto, de un movimiento popular⁴ en América Latina y el Caribe, se puede seguir a lo largo de los setenta y ochenta en los

⁴ Sobre la distinción entre movimientos sociales y movimientos populares, y sobre este auge en general, se puede consultar los estudios pioneros de Pablo González Casanova y de Daniel Camacho desde la primera mitad de los ochenta.

distintos niveles de la organización social: barriales, regionales y nacionales. Se creó, en la jerga política, la distinción también entre “nuevos” y “viejos” movimientos. Habría que precisar la variante de la reestructuración de los viejos (como es el caso del movimiento sindical, de los movimientos estudiantiles, y de los movimientos indigenistas) en las nuevas condiciones. Algunos de estos movimientos revisten una connotación más universal, dada su naturaleza, como el feminista, el ecologista, los movimientos por los derechos humanos; otros se vinculan más estrechamente a la identidad de nuestra región.

La aparición y evolución del movimiento cristiano popular merece, a mi juicio, una especial atención por el alcance de su potencial de emancipación. Este movimiento se hace visible después de Vaticano II y de Medellín, pero es evidente que el *aggiornamento* labró sobre un terreno fértil. En el plano de las ideas tenemos que referirnos a la publicación en 1971 del libro *La teología de la liberación*, del jesuita peruano Gustavo Gutiérrez, que le daría nombre a todas las corrientes que se iban a inspirar, desde el cristianismo, en la “opción por los pobres”. Quizás la obra inicial de Gutiérrez representaba más la propuesta de una doctrina social católica alternativa a la construida por las encíclicas papales que una nueva teología, pero ha habido también verdaderas construcciones teológicas a partir de este paso inicial.

Desde la institución eclesiástica jugaron un papel esencial en proveerle espacio las órdenes religiosas, y muy especialmente la Compañía de Jesús, bajo la conducción de Pedro Arrupe. Desde la estructura diocesana hubo obispos que favorecieron su desarrollo, pero no fue mayoritaria su aceptación. El aporte de la Teología de la Liberación no quedó en el plano teórico, sino que se tradujo en los años setenta en la expansión de un movimiento de comunidades eclesiales de base (CEB) en vastas regiones de nuestra América. No olvidemos el peso que adquirió el cristianismo popular en todo el proceso de confrontación revolucionaria en Centroamérica entre finales de los setenta y principios de los ochenta. Y el

protagonismo de la Compañía de Jesús y otras órdenes religiosas en la subregión.

La conferencia del CELAM en Puebla en 1979, primera actuación internacional de Juan Pablo II, ha sido definida, con razón, como un empate entre las posiciones progresistas y las conservadoras en el continente. No detuvo el conflicto, pero le dio una tregua al Pontificado para intervenir y reestructurar a los jesuitas, hacer que la Congregación para la Doctrina de la Fe elaborara sus dos Instrucciones (de 1984 y 1986 respectivamente) contra la teología de la liberación, otorgar privilegios especiales al *Opus Dei*, desplegar una estrategia de designaciones episcopales conservadoras que uniformaron la estructura diocesana, e incluso aplicar medidas de castigo al teólogo franciscano Leonardo Boff. Evidentemente, como una acción ejemplar de imposición de la autoridad suprema.

De manera similar a lo sucedido con la izquierda política después del derrumbe esteuropeo, también dentro de estos movimientos se registran comportamientos contradictorios e incluso retrocesos. No obstante hay que destacar claros desempeños que testimonian su vitalidad y legitiman su papel como actores sociales, como por ejemplo, el caso de los zapatistas en Chiapas y el movimiento “sin tierra” en Brasil. También pudimos pulsar otra vez la fuerza del movimiento estudiantil universitario en la reciente experiencia mexicana. El movimiento cristiano popular ha tenido que padecer un fuerte y sostenido cuestionamiento pero tampoco ha desaparecido.

Otro problema de primera magnitud es el de la diversificación de las formas de lucha a partir de la pluralidad de objetivos de los movimientos mismos; es indispensable reconocer esta diversidad como un elemento orgánico de realidad latinoamericana actual.

Creo necesario subrayar, para terminar, que el tema del poder político sigue siendo de importancia capital. Por extendida que esté hoy la convicción de que en el corto plazo la transformación del orden social por vías radicales no mueve

consensos relevantes, ni parece en posibilidad de generar soluciones sostenibles, para modificar las tendencias actuales se requiere alcanzar una influencia sistemática en los procesos de toma de decisiones. Desde abajo y desde arriba. Nada sugiere que haya perdido vigencia la idea de que la viabilidad de un proyecto emancipatorio integral depende de la posibilidad de que alcance a instalarse en el poder estatal.

La entrada al nuevo milenio se presenta para nosotros los latinoamericanos como un momento de desafíos y búsquedas. Desde las fórmulas de rescate de los espacios comprimidos por el sistema neoliberal hasta el replanteo del modelo mismo de desarrollo, que ya no podrá ser el precedente, por el efecto destructor que tendría el patrón de consumo que ha sido impuesto por el capital. Nada nos indica que la corriente de los teóricos de la dependencia (de los años sesenta y setenta) haya perdido su valor sustantivo.

Estamos en el tiempo de hacer más agudo el entendimiento y más atrevido el ingenio. Desde la articulación de todos los accesos a la gestión efectiva hasta descubrir el difícil mecanismo de contención del empobrecimiento, la exclusión y el desamparo. Pensar que no existe problema sin solución no es, en realidad, parte de la utopía.